

El vocabulario como fenómeno estético

*A Fray José Oroz Reta
estas nuevas «floreçillas»
tributo de admiración, «simpatía» y gratitud.*
LUIS

Desde hace algún tiempo viene abriéndose paso, en la especulación sobre la belleza, un cierto afán por acudir a las experiencias personales más directas, sin perjuicio de las grandes síntesis o de la temática especializada, al objeto de sorprender en su origen esa realidad tan estimable como escurridiza. No resulta sencillo, por lo común, soslayar, en este empeño, el riesgo de un relativismo antropológico, a tenor del «homo mensura», presente en cualquier planteamiento de signo individual. Ello explica el recurso a otras ciencias humanas por los actuales cultivadores de la Estética, adscrita en consecuencia a una metodología empírica, más propia de los saberes obtenidos por rigurosa demostración.

Sin renunciar a tentativa alguna, en este difícil camino, y con la exigible modestia en el ánimo, parece razonable intentar un acercamiento a los hechos o fenómenos estéticos, a través de los vocablos mismos, descubiertos *in situ*, es decir, en los idiomas cultivados por representantes de la literatura universal, creadores en definitiva de las expresiones que afectan a la belleza natural o artística.

* * *

Tal vez fuera suficiente consignar, a este propósito, u en las raíces lingüísticas del tronco indo-europeo se encuentran ya las acepciones estéticas de «forma», «esplendor», «gozo», «bondad», «conveniencia». Pero es lícito suponer, en los posibles lectores, un justificado deseo de acudir a la clásica limpidez del hontanar greco-latino, mejor que a las no siempre claras aguas del sánscrito.

Homero, padre de la épica griega, emplea la palabra *kalós* para designar una intuición exterior de la esencia misma de lo